

Pedagogía y Juventud

4 octubre 17-17'30 hora España

Ambientación

Aunque etimológicamente la palabra pedagogía indica, señala a aquél que acompaña al niño, yo os invitaría, al inicio mismo de esta reflexión, a que –como ya os decía en el vídeo presentación de esta pequeña charla– a que consideraseis la pedagogía, no como algo exclusivo de la niñez y juventud, sino como una realidad que debe ser una constante a lo largo de toda nuestra vida, pues todos necesitamos siempre de alguien que -- fundamentalmente desde la cercanía y desde su afecto, por lo general comprensivo y misericordioso, pero también exigente, si es del caso– nos acompañe, ayudándonos en nuestro propio proceso de crecimiento personal.

Evidentemente dicho acompañamiento adquiere distintos matices en el trascurso cronológico de la vida. En la primera niñez ese acompañamiento está circunscrito particularmente al ámbito familiar –padre, madre, hermano...–, pero progresivamente se van sumando a él: la escuela con sus tutores y maestros, el círculo de amigos, el inicio de distintas relaciones sociales, etc.

Llega, sin embargo, un momento en que el proceso de autoeducación – que tiene que iniciarse ya en los primeros años de alguna manera–, va adquiriendo carta de identidad propia, exige a la persona concreta que tome en sus propias manos las “riendas del propio cabalgar por la vida”. Pero aún entonces –y aunque no sea ya ni mucho menos con el coprotagonismo que pudo tener en épocas anteriores– necesitamos de acompañantes que sigan favoreciendo el proceso de nuestra propia realización personal, pues éste es una utopía que no alcanzaremos nunca del todo, mientras dure nuestra peregrinación por este bello planeta azul, que es nuestra Casa común. ¡Quién se empeña en caminar solo por la vida, en vez de avanzar, de forma constante y progresiva en su propia humanización, empieza a dar vueltas sobre si mismo, que cada día más lo van empequeñeciendo y empobreciendo!

No obstante, y sin quitar un ápice de lo expresado hasta aquí, quiero, en adelante centrar mi reflexión en la relación que se establece –o debe establecerse– entre acompañamiento –o si queréis pedagogía– y juventud. Y esta reflexión: pedagogía-juventud, la desarrollaré a través de los tres ejes temáticos como os iré presentando a continuación:

La educación es un arte

Educación no es otra cosa que *humanizar*, que favorecer en la persona del alumno su propia *maduración humana*.

Pero *humanizar* es fundamentalmente *despertar el corazón*, despertar los sentimientos, el propio mundo afectivo.

Y el corazón sólo se despierta con los latidos de otro corazón. Sólo quien *se siente querido, se valora y aprende a querer*, a abrirse con confianza creciente al mundo de los otros...

Por ello, la *educación* –toda educación de la persona– conlleva, por su propia naturaleza, la necesidad de *empatizar*, de *crear lazos afectivos*, de *despertar y cultivar sentimientos*:

- *En todo ser humano –escribía un amigoniano a principios del siglo pasado– hay un germen de sentimiento que nosotros desarrollamos... Para ello hay que tener mucha paciencia y caridad en el trato con los alumnos...*

(TPAA 5.042-5.043)

- *Cuando los alumnos se dan cuenta que uno se sacrifica por ellos y que busca su bien de verdad, le cobran cariño y por lo tanto podrá trabajar en su reforma...*

(TPAA 11.124)

Y es precisamente ese *empatizar*, ese *crear y cultivar el sentimiento*, lo que puede hacer, de la *educación*, un arte, y lo que nos permite, por ende, hablar con propiedad del *Arte de educar*.

Así lo entendió, desde sus inicios, la *pedagogía amigoniana*, propiciando para ello, en sus educadores, un *talante profundamente humano*, y de una *sensibilidad y disponibilidad* exquisitas para relacionarse con sus alumnos, primordialmente por *vía del corazón*.

- *Debemos ser artistas de esa obra suprema de arte –escribía otro amigoniano en los orígenes de esta nueva pedagogía– que tiene por fin forjar los espíritus, cultivar la estética del sentimiento.*

(TPAA 12.024)

La educación implica siempre una dinámica en salida, una dinámica relacional

- Hoy en día, desde que el papa Francisco hablara de una Iglesia en salida, es decir una Iglesia que lejos de estar mirándose constantemente el ombligo y lejos de encerrarse en sí misma en una complaciente autocontemplación, emprendiese con decisión la puesta en acción de su identidad como ente relacional, desde

entonces, la expresión en salida se ha convertido en *recurrente* a la hora de abordar distintos temas.

- Con todo, la expresión en salida no es ninguna novedad, pues toda persona para *realizarse* como tal necesita *salir de sí* para encontrarse con las demás (a mitad de camino / y en libertad). En este sentido el pasaje de la *Salida de Egipto* que nos narra el libro del Éxodo, aparte de su *significado histórico* se convierte en paradigmático para todo hombre y mujer, pues sólo emprendiendo el éxodo de sus egoísmos, está en disposición de encontrar la tierra prometida de su feliz realización, que solo es tal, en salida, en la medida que se relaciona.
- A este respecto, permitidme que os comparta un texto muy querido por mí, entresacado de ese gran-pequeño libro, que algunos han llamado –a mi modo de entender mal hecho– un cuento y que en realidad yo considero un gran poema pedagógico.

Domesticame –o si preferís, déjame entrar en tu casa– le dijo suplicante el zorro al Principito, después de que el propio zorro le hubiese descubierto *el gran secreto de la domesticación*; le hubiese entregado la *clave secreta para acceder a la casa del otro o para permitir el acceso a la propia*; le hubiese compartido, en definitiva, *lo más esencial e identificador de todo proceso educativo*.

Le había hablado el zorro de *crear lazos afectivos*, de *cordiales liturgias* y de *pacientes* y para nada *monótonos rituales* que facilitan e incluso hacen anhelar el mutuo encuentro y van permitiendo desde ahí el mutuo conocimiento y, sobre todo, el mutuo y personalizado afecto.

Y poco a poco el zorro, con gran paciencia, fue *humanizando* al Principito.

Sí, humanizándolo, porque, si os detenéis por un momento a reflexionar conmigo ese *gran poema pedagógico* que tiene como protagonista –junto al zorro– al pequeño Príncipe, concluiréis conmigo que éste, a pesar de ser perspicaz, intuitivo e inteligentemente despierto, *no había crecido como persona*.

Era capaz, sí, de ver un cordero escondido en el interior de la caja dibujada por el aviador e incluso de descifrar con rapidez y naturalidad el dibujo de la boa comiéndose un elefante, que el propio aviador había realizado de pequeño y que, hasta ese momento, todos cuantos lo habían visto, habían identificado con un sombrero. Era capaz –El Principito– de todo esto y mucho más, pero no había logrado *percibir* –ni, en consecuencia, *apreciar y valorar*– el inmenso amor que le tenía su *rosa* y ni tan siquiera era consciente del no menor amor que él mismo le profesaba a ella. No había distinguido tan siquiera el color del trigo que él mismo lucía en sus cabellos. Su mundo era en *blanco y negro*. No había todavía en él *color*, pues *no había sentimiento*. Sólo el sentimiento humaniza a la

persona y le confiere a su vida ese colorido que es imprescindible para sentirse “a gusto con uno mismo”, para ir alcanzando crecientes cotas de felicidad.

El *Principito*, previamente al proceso de *mutua domesticación* que experimentó con su amigo el zorro, era –como diría hoy en día Goleman– un *analfabeto emocional*.

De hecho, él mismo lo reconoce, cuando –ya abiertos los ojos de su corazón– exclama, recordando el “romance” con su rosa: *Yo era demasiado joven para saber amarla*, o lo que viene a ser lo mismo: *Yo era demasiado inmaduro para apreciar su amor*.

La educación de las personas con problemas, algo esencial en la Pedagogía Franciscana y Amigoniana

- Tras su objetivo de recuperar –o mejor dicho, de colaborar eficazmente en la recuperación de las personas que andan, como perdidas, en la vida– Francisco de Asís apostó fuerte por un trato afectuoso por parte de quienes en verdad quieren colaborar en tal recuperación, hacia aquellos a quienes se quiere ayudar en el proceso de su feliz recuperación.
 - *Todo el que venga a vosotros –les dice a sus hermanos en la IR. 7, 14– sea amigo o adversario, ladrón o bandido, sea acogido benignamente.*
 - *Ama a los que se portan mal contigo –escribe en la Carta a un Ministro–. Y no pretendas de ellos otra cosa, sino cuanto el Señor te conceda lograr de ellos. Y ámalos precisamente por ser así y no les exijas que sean cristianos mejores... Y en esto quiero conocer que amas al Señor y me amas a mí: que no haya en el mundo nadie que, por mucho que hubiese pecado, se aleje jamás de ti, después de haber contemplado tus ojos sin haber obtenido tu misericordia, si es que la busca. Y, si no busca misericordia, pregúntale tú si la quiere.*

Y nos consta que este trato afectuoso lo puso en práctica San Francisco –y con óptimos resultados– tanto en la visita que hizo al Sultán de Egipto (LM, 9, 8 o en la Florecilla, 24) o en mismo amansamiento del Lobo de Gubbio (Florecilla, 21); pero no solo se contentó con practicar él esta técnica (del amor misericordioso), sino que la enseñó también así a los primeros hermanos, en un pasaje (Espejo de Perfección, 66 y Florecillas, 26) que muy bien puede considerarse como el nacimiento de una pedagogía que –regida por el trato afectuoso– propone un método gradual y progresivo en la recuperación de quienes andan extraviados.

- Este principio esencial de la Pedagogía de Francisco de Asís, centrado en el trato afectuoso, la Pedagogía Amigoniana lo ha ido traduciendo en los siguientes valores identificativos:

A Centralidad de la persona

Un primer valor –sin duda clave y particularmente fundamental– se concreta en conceder a la persona del alumno una centralidad y protagonismo incuestionables en el propio proceso educativo.

Dicho valor, dicha centralidad y protagonismo ha implicado dentro de la cultura pedagógica amigoniana:

- a) Una valoración positiva de la persona, al margen de sus actos:
 - *El sistema represivo* –escribía uno de los primeros pedagogos amigonianos– *mira el delito, en cambio miramos a la persona que ha delinquido para rehabilitarla y levantarla. Los delitos no nos importan* (TPAA, 12.113).
- b) Un delicado respeto a la persona y personalidad del mismo alumno:
 - *Todos los educadores debemos de tener muy presente que nuestros alumnos* –escribía otro de los pioneros de la Pedagogía Amigoniana– *son dignos, por todo título, de nuestro respeto. Y éste debe llegar hasta la delicadeza por sus cosas y enseres... Faltan por tanto el respeto debido al alumno, los educadores que, por cualquier fútil pretexto, les rompe objetos suyos, quizá incluso haciendo desprecio de ellos, sin considerar, ignorantes, que, al mismo tiempo, lastiman la personalidad del propio alumno y se desprestigian a sí mismos como educadores... Y si a las cosas debe extenderse el respeto. ¿Cuál no deberá ser el que se tenga a su persona? Si queremos que el alumno se respete a sí mismo, empecemos por respetarle* (TPAA, 11.120 y 11.143).
- c) Y una inteligente relativización del reglamento, que ha permitido humanizar un sistema de carácter eminentemente conductista:
 - *Mientras el reglamento se limite a ser la ley común que, aplicada con equidad, no pase de ahí, puede producir efectos saludables..., pero si traspasa los límites de lo necesario..., o desciende a pormenores, o se exige con rigor su cumplimiento, entonces se convierte en un instrumento envolvente que mata todas las iniciativas del*

individuo. El espíritu de los alumnos queda entonces cohibido, sus actividades coartadas y muertas, su carácter apocado y su libertad enteramente atadas... Tales alumnos no son educados para la vida, sino para la servidumbre. El reglamentarismo es siempre un abuso, “una embriaguez de reglamento” (TPAA, 12.119-12.121).

B Libertad

En íntima sintonía con la *positiva valoración y centralidad de la persona*, la pedagogía amigoniana ha resaltado el *valor de la libertad*.

En todo *proceso de crecimiento* –y la educación lo es, por su propia naturaleza– es imprescindible un *ámbito de libertad*.

Sin libertad no crecen ni las plantas.

¡Qué bonitos son los bonsáis! ¿verdad?

Y sin embargo, al contemplar su belleza, uno no puede reprimir un cierto sentimiento de pesar y nostalgia por el gran árbol que pudo ser y que ya nunca será.

A fuerza de recortar –una y otra vez– sus raíces, a fuerza de privarle repetidamente de la libertad que necesitaba su natural tendencia a la expansión, se fue achicando, fue perdiendo su verdadera identidad, hasta quedar reducido a un inacabado y enanizado proyecto de lo que genéticamente estaba llamado a ser.

Y es que, por mucho que se quieran adornar las cosas y endulzar las peras, para un ser, programado para volar, aunque la jaula sea de oro, no deja de ser prisión.

Es natural, pues, que la pedagogía amigoniana –como todo proyecto educativo que se precie de tal– haya exaltado el valor incuestionable de la libertad personal en textos como los que aquí se traen:

- *Para actuar, el educando necesita libertad, de lo contrario sería un autómata, pero no un verdadero sujeto de su propia educación... El educador debe ser, pues, instructor de la verdadera libertad y no el gendarme de la coacción que mate en el educando su espíritu, su personalidad (TPAA, 14.923 y 14.107).*

No obstante, dadas las peculiaridades más características de los sujetos educativos que le son más propios y en los que, por lo general, aparece menguada –por su misma debilidad de carácter y por su falta de fuerza de voluntad– la capacidad para hacer, con verdadera libertad, aquellas opciones que puedan resultar más positivas de cara a su propio futuro, la misma *pedagogía*

amigoniana se ha propuesto tradicionalmente, como uno de sus más fundamentales retos, el de ir educando en sus alumnos, de forma continua –y al mismo tiempo *dosificada y progresiva*– el ejercicio de la propia libertad:

- *La autoeducación* –escribía otro amigoniano–, *que es un principio que informa nuestra pedagogía, está basada en la dosificación. A mayor responsabilidad, mayor libertad* (TPAA, 14.927).

C Acompañamiento cordial

Como tercer valor característico de la Pedagogía Amigoniana, se encuentra el valor del cordial acompañamiento.

De acuerdo a este *valor*, el educador debe asumir el rol de ser un *acompañante válido del alumno* –verdadero sujeto del proceso educativo– *en la irrepetible aventura de su maduración como persona*; debe *establecer con él* lo que ya uno de los primeros educadores amigonianos calificó de *contrato de simpatía*, o, lo que es lo mismo, debe procurar *entablar con él una relación de empatía*.

Cabría matizar, sin embargo, con relación a este mismo valor del *cordial acompañamiento*, que la tradición pedagógica amigoniana ha distinguido en él dos momentos igualmente importantes:

- a) *El de la acogida*. Respecto a este momento, la misma tradición pedagógica elaboró, en su día, textos tan cálidos y cargados de cordialidad como éste:
 - *Desde el momento que ingresa el alumno* –dice al respecto el más importante de los pedagogos amigonianos de primera hora– *debe ser objeto de cuantas atenciones necesite, sin escatimarle nunca el cariño* (TPAA, 6.248).
- b) *Y el del diario y cercano acompañamiento*. Si importante es el momento de la acogida, no lo es menos este otro del *diario y cercano acompañamiento*, que abarca en realidad todo el proceso educativo del alumno, dentro de la institución. También con relación a este momento son especialmente significativas estas referencias amigonianas:
 - *El mejor medio para ayudar a los alumnos en su recuperación es “aconsejar, sufrir, vigilar y llorar con ellos y reír con sus alegrías”* (TPAA, 3.008).
 - *En los centros amigonianos existe tal espíritu de compenetración entre educadores y alumnos, que aquéllos viven, comen, juegan y alternan con éstos, formando una*

familia cuyo hermano mayor es el educador (TPAA, 14.866).

D Atención a la individualidad

Como una concreción más del primer gran valor al que se ha hecho referencia aquí –el de la *centralidad de la persona*– aparece otro de los valores más castizos del quehacer amigoniano: *la atención a la individualidad*.

En todo proceso educativo –si en realidad pretende ser tal– es necesaria la *atención personalizada*, el *tratamiento individualizado*, las terapias adaptadas a las aptitudes, disposiciones, fortalezas y debilidades... del alumno. Pero dicha necesidad es especialmente perentoria, cuando se trata de “acompañar en su aventura vital –en la aventura de su propia maduración humana– a personas que sufren desarreglos de personalidad más fuertes y que, manifiestan de un modo más patente los consecuentes desarreglos conductuales”.

Como mero ejemplo de la capital importancia que la pedagogía amigoniana ha concedido, desde siempre, a la educación “a medida”, se traen éstos:

- *Como la labor pedagógica es tanto más eficaz cuanto mayor es “a la medida del sujeto” a quien se aplica, los educadores procurarán individualizar el tratamiento (TPAA, 0.246).*
- *Las tareas deben de proporcionarse a la capacidad del alumno... El buen educador sabe distinguir entre alumno y alumno y no exige a todos la misma perfección, sino que se contenta con la medida de cada cual (TPAA, 12.056).*

E Ambiente familiar

Otro valor imprescindible y esencial a la *identidad y acción amigoniana* ha sido y es la preocupación y cuidado con que se ha propiciado en los grupos educativos la creación de un verdadero *ambiente familiar*. Este ambiente se ha visto favorecido primordialmente por la cordialidad, la sencillez, la cercanía y la alegría con que los educadores han sabido estar y relacionarse con sus alumnos:

- *El régimen de nuestros grupos educativos da la impresión de una vida familiar (TPAA, 12.064).*
- *Convivimos tan familiarmente con los educandos que no sólo los conocemos, sino que nos confundimos con ellos (TPAA, 5.053).*

Conclusión

La Rima VII de Gustavo Adolfo Bécquer es, no cabe duda, un canto a las infinitas posibilidades de la persona para llegar a ser un genio, o como un canto a la recuperación de la persona cuando ésta es tratada con ese afecto que simboliza la *mano de nieve*, expresión contraria a lo que se conoce como *mano negra*.

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo,
veíase el arpa

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas
como el pájaro duerme en las ramas
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!

¡Ay! –pensé– ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga “Levántate y anda”!